

El disciplinante galán en la poesía de Quevedo

Luciano López Gutiérrez
IES «Iturralde»
Nuestra Señora de la Luz, núm. 53
Madrid 28047
samosatensis@hotmail.com

[*La Perinola*, (ISSN: 1138-6363), 16, 2012, pp. 187-221]

POLÉMICAS EN TORNO A LOS DISCIPLINANTES

Durante la Edad Media se produce un cambio en la concepción del Cuerpo de Cristo clavado en la Cruz. A lo largo de los diez primeros siglos se evita la representación de un ser sufriente, doliente (*vir dolorum*). Por medio de su muerte Jesús había salvado el mundo. Su sufrimiento había de entenderse a la luz de la Resurrección y hasta cuando aparecía clavado en el leño sometido a los más degradantes ultrajes su expresión no dejaba de revestir un aire triunfal.

Sin embargo, poco a poco, se va haciendo hincapié, gracias a la influencia de figuras de capital importancia como Bernardo de Claraval y Francisco de Asís, en la humanidad del Mesías, en la consideración de que sus sufrimientos en la Pasión en nada difieren de los que hubiera podido experimentar cualquier mortal, por lo que se incrementa la devoción hacia el Jesucristo hombre, lo que generará básicamente dos actitudes en los creyentes: una penitencial, que provocará la acentuación de la culpabilidad y la búsqueda del arrepentimiento de los pecados que han ocasionado semejantes dolores en el Salvador, y otra amorosa que inclina al cristiano a identificarse compasivamente con el Dios que ha consentido en hacerse carne sufriente para liberar a sus hijos del Pecado.

Semejante clima espiritual, con el precedente del prior del monasterio benedictino de Fonte Avellana Pedro Damiano (1007-1072), explica la aparición del primer movimiento de flagelantes laicos que surgió en Perugia en 1260 y se extendió al sur, hacia Roma, y al norte, hacia las ciudades lombardas. Los efectos del movimiento sobre la sociedad fueron espectaculares (conversiones, arrepentimientos de criminales...), pero se apagó con prontitud en Italia, aunque logró propagarse a Alemania, donde adquirió unos tintes preocupantes para la jerarquía de la Iglesia, ya que sus seguidores llegaron a matar a religiosos, no aceptaban la autoridad eclesiástica, se consideraban legitimados por una carta que había descendido desde el cielo en Jerusalén pidiendo a los hombres

que hicieran penitencia para evitar la inminente destrucción del mundo, y llegaban a afirmar cosas tan arriesgadas como que las flagelaciones liberaban del pecado mejor que la confesión, que se podían redimir por sus propios medios sin acudir a la Iglesia, o que bastaba acudir a sus procesiones para quedar libres de culpas¹.

Este movimiento poco a poco se fue debilitando, pero volvió a emerger con gran pujanza en Alemania, los Países Bajos y Francia en 1348-1349, hasta tal punto que fue declarado herético y sectario por el Papa Clemente VI². Ahora bien, el Papa deja claro que su condena del movimiento de los flagelantes no implica la condena de la penitencia corporal, bien sea impuesta por las autoridades o llevada a cabo voluntariamente por los propios penitentes, siempre que la practiquen dentro de unos límites razonables y con la debida discreción.

Lo cierto es que siguieron existiendo las cofradías de disciplinantes, alentadas por personajes como san Vicente Ferrer y, en general, por los franciscanos (y más tarde por los jesuitas), que tenían a su cargo la Tierra Santa desde finales del siglo xiv, y ampararon este tipo de penitencias a través del fomento de las cofradías de la Santa Vera Cruz, y de la Preciosísima Sangre, que proliferaron por toda España, sobre todo, durante el siglo xvi, aunque algunas tienen estatutos de mayor antigüedad.

Sin embargo, muy pronto hubo teólogos y humanistas que criticaron semejantes prácticas. Por ejemplo, el teólogo y filósofo francés Jean Gerson en su tratado escrito en 1417 *Contra sectam flagellantium* señala que hay que evitar cualquier parecido del cristianismo con la idolatría, y la actitud de los disciplinantes le recuerda bastante a los sacerdotes de Baal, que se hacían cortes con las espadas y los punzones hasta provocar que saltara la sangre y, en cualquier caso, el famoso pensador considera que tiene mucho más mérito el creyente que soporta con espíritu cristiano los trabajos y sinsabores que le depara la vida que el que se magulla la espalda a latigazos³.

Evidentemente, los erasmistas tampoco veían con buenos ojos las procesiones de disciplinantes, que estimaban que era una práctica meramente exterior, ceremonial, vacía, huera, que estaba lejos de responder a un sincero fervor. Así, Alfonso de Valdés en su *Diálogo de Mercurio y Carón*, coloca al primero en una privilegiada atalaya desde donde observa la conducta de los pueblos cristianos, y el dios comenta:

Subime a la primera espera y desde allí empecé a cotejar lo que veía en aquellos pueblos con la doctrina cristiana, y hallé que donde Cristo mandó no hacer respeto sino a las cosas celestiales, estaban comúnmente capuzados en las terrenas; donde Cristo mandó que en Él solo pusiesen toda su confianza, hallé que unos la ponen en vestidos, otros en diferencias de manjares, otros en cuentas, otros en peregrinaciones, otros en candelas de cera,

1. Cohn, 1981, pp. 127-130.

2. Cohn, 1981, pp. 139-140.

3. Vandermeersch, *Carne de la Pasión*, p. 144.

otros en edificar iglesias y monasterios, otros en hablar, otros en callar, otros en rezar, otros en disciplinarse, otros en ayunar, otros en andar descalzos, y en todos ellos vi apenas una centella de caridad; de manera que muy pocos eran los que solo en Jesucristo tenían puesta su confianza (pp. 12-13).

Y todavía es más explícito fray José de Sigüenza en su obra, impregnada de ideas erasmistas, *Historia del Rey de los reyes*, donde, de manera concreta y clara respecto al asunto que nos ocupa, denuncia la actitud farisaica de un hombre que cree que ha dado a Dios todo lo debido y más, porque se ha hecho cofrade de las Llagas, ha mandado pintar una Virgen de la Quinta Angustia y se disciplina todos los años en el Viernes Santo, aunque en absoluto intente que el ansia de venganza, el odio, el rencor y el ánimo de lucro dejen de anidar en su corazón⁴.

Y por supuesto, en el siglo xvii siguen menudeando las críticas contra los impíos disciplinantes, como se observa simplemente al reparar en los comentarios que hace Covarrubias a propósito de los vocablos *disciplinarse* y *flagelantes*, donde todavía se percibe la gran alarma que produjo en el orbe cristiano la secta que hizo de las suyas por tierras alemanas en el siglo xiv, y se solicita una solución para evitar los excesos cometidos por los disciplinantes contemporáneos del humanista toledano:

Particularmente se usa [disciplinarse] entre los religiosos y personas que mortifican la carne, en remembranza de los azotes que Cristo Nuestro Señor padeció por nosotros. Y si esto se hace con las debidas circunstancias junta Dios la sangre del tal penitente con la suya y dale valor y mérito. Pero los que se azotan por vanidad son necios abominables sacerdotes de Baal. Y debrían los preladados, como los gobernadores seculares, echar de las procesiones de los disciplinantes aquellos que van con profanidad, que por ser tan notorios los excesos que se hacen no los declaro aquí, y porque se me hace vergüenza referirlos. En Alemania hubo una secta de herejes, que llamaron los flagelantes; eran grandes bellacos y borrachos, y así los condenaron por tales.

Flagelantes fueron ciertos herejes que tuvieron su principio en Italia, y de allí pasaron a Alemania y se extendieron hasta Francia. Iban pidiendo limosna azotándose y abriéndose las carnes a azotes. Consistía la herejía de estos en que decían que para alcanzar perdón de los pecados era más eficaz aquella disciplina de azotes que la confesión sacramental. Empezaron en el año de mil y docientos y setenta y tres siendo papa Gregorio X y emperador Rodolfo; remediose por entonces, y volvió a retoñar el año de mil y treientos y trece, en tiempo del papa Juan XXII y de Ludovico Bárbaro emperador. La disciplina que hoy día se usa en toda la Iglesia Católica no tiene que ver con este género de flagelantes; pues las cofradías della están instituidas con bulas apostólicas y el intento es tan diferente que de ordinario van los cofrades confesados y comulgados, y si alguno hay que no procede con la devoción y decencia que debe no es justo que por él pierdan los demás.

4. Bataillon, 1979, p. 747.

A tenor de lo que comenta Covarrubias, en efecto, los excesos que cometían los penitentes y disciplinantes en los días de Semana Santa debían de ser numerosos por los testimonios de diversos escritores del xvii. Por ejemplo, Francisco Santos en *Las tarascas de Madrid*, obra en la que se detecta un notable influjo de los poemas en torno a los disciplinantes de Quevedo, nos presenta a unos mequetrefes que han sido contratados por un mayordomo para formar una cuadrilla de alumbrantes que, lejos de mostrar contrición, tan solo se preocupan por la gala y donosura que han de tener sus ropajes⁵:

Mire V. m. (dice otro) que [las túnicas] han de ser nuevas y muy al uso; porque si no tienen una vara de cola, que arrastre, y muy ajustadas al cuerpo, no es cosa para la gente que es. Otro dice también es menester que los capirotos sean de a dos varas y cuarta de alto, y los cartones dobles; porque si llueve, no se pasen con la brevedad de sencillos. El primero vuelve a preguntar si las hachas son de a cuatro pabilos. Responde el paciente mayordomo que sí, a lo que dice uno: pues para que V. m. saque su cuadrilla muy lucida es menester que nos dé guantes, colonias y ceñidores (p. 23).

Y si en los preparativos del atuendo los guía el deseo de mostrar ostentación para anonadar a propios y extraños⁶, el desfile procesional es el reino de la confusión, del caos y del desbarajuste. En definitiva, es el ambiente menos propicio para expresar un sentimiento de piedad e imbuirlo a los asistentes al acto religioso:

Incorpóranse a la procesión, que se va componiendo de alumbrantes tarascas; y por el camino va uno empleándose en dar con el capirote a cuantos pobres ve, hasta que al dar a uno se le ase, y quita de la cabeza, con que descubre una cara de tarasca vinosa, obligándole a dar el hacha a otro, en cuanto se pone el capirote, ya hecho pedazos, que al levantarse se le cae la mitad a las espaldas, quedando como moco de pavo. Otro va pidiendo alfileres a cuantas mujeres ve, y clavándolas en el hacha. Otro va pellizcando, y tirando de los lazos a todas. Otro lleva el hacha llena de romero y va dando

5. En este sentido, Lope de Vega en su comedia *La boba para los otros y discreta para sí* presenta a Diana en una conversación con otras damas, a las que presiona para que admitan que todas las galas que adornan sus ampulosos vestidos se las ponen para seducir a los hombres, dirigiéndoles estas palabras, donde sale a colación el disciplinante como ejemplo destacado de lo pomposo, de lo exageradamente ornamental: «Cuando os miráis al espejo, / cuando os vestís tantas galas, / cuando os rizáis los cabellos, / cuando llamáis dando manos, / cuando descubris manteos, / cuando enjaezáis los chapines, / que solo falta ponerlos / pietrales de cascabeles, / ¿es para salir corriendo / por que no os topen los hombres? [...] Y cuando salís haciendo / la pava con anchas naguas, / imitando en rueda y ruedo / diciplinante galán, / es todo aquel embeleco / ¿por mujeres o por hombres?» (fol. 51v).

6. Tachar a los disciplinantes de vanagloriosos es recurrente en la época. Ver el capítulo 1 de *Alonso, mozo de muchos amos*: «En las asentaderas me puso en cada lado una gran llaga, podía competir con algún diciplinante alquilado o vanaglorioso, hipocritón, que en dar que decir a la gente que le mira, se desuella las espaldas vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino para cumplimiento y gusto de los mayordomos de la cofradía».

matas a las mujeres. Otro va diciendo dichos agudos como él, y mirando la calle que forman estas tarascas cubiertas. Pasa por ella un penitente, que se va azotando, con unas enaguas con más pliegues que un redaño de puerco, hechas de beatilla, de que podía hacer un babador; según va de niño en las acciones; un capirote que se pierde de vista; y en el azote, una pieza de colonia negra, hecha como rosa, y en el jubón con una abertura, que parece ochavo segoviano, llevando detrás cincuenta pulidos, que le acompañan [...] Pregunto: ¿por quién se azotará éste; por ostentación, o por los conocidos, o por las conocidas, o por los mirones? (pp. 68-69).

Y es que, además, el desfile procesional para muchos penitentes era un mero pretexto para después disfrutar de opíparas comilonas bien regadas con vino, cuando no terminaba en riñas tumultuosas en las que hacían acto de presencia las espadas desnudas y los acerados puñales, con dramáticas consecuencias, como ocurrió en Madrid el 24 de marzo de 1623, en que un disciplinante flagelándose con denuedo salpicó con su sangre la valona de uno de los asistentes a la procesión, el cual no se contentó sólo con dirigirle ásperas palabras, sino que lo esperó a la salida de la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, y le asestó dos puñaladas, y otra más a un amigo del penitente, que salió en su defensa, y que, a la postre, resultó mortal de necesidad⁷.

Asimismo, las peleas entre cuadrillas de penitentes, de mayor o menor gravedad, que se encontraban en una calle y discutían sobre quién debía pasar primero estaban a la orden del día, así como las de los encapuchados con los nobles y sus criados que eran bastante remisos a abstenerse de pasar en sus coches por los itinerarios de las procesiones, como se refleja en el mencionado libro de Santos *Las tarascas de Madrid*:

Pasando iba la procesión, cuando un coche (gobernado de un desvergonzado cochero) dio en que había de pasar la procesión atravesándola, pero una docena de penitentes, hechos un cuerpo, dijeron al cochero que se tuviera, o que si no, llevaría algo [...] Se empeñaron en que habían de pasar [los del coche], pero de un hachazo rodó el cochero por encima de las mulas, y los del coche salieron a la defensa, sacando las espadas. Por cierto, buenas acciones, en tiempo santo⁸.

Así pues, ante tales escándalos, Carlos III, fiel al espíritu de la Ilustración, en febrero de 1777 prohibió a los disciplinantes⁹, a los em-

7. Deleito, 1963, p. 166.

8. Ver Santos *Las tarascas de Madrid*, pp. 69-70. Jerónimo de Barriónuevo en sus *Avisos*, p. 156, concretamente en uno relativo al cuatro de abril de 1657 también da cuenta de uno de estos altercados: «Iban en un coche el Viernes Santo el Marqués de Villanueva del Río, Chinchón y Tábara y Fernandina. Quisieron romper la procesión por donde iban los albañiles con el paso de la Huida a Egipto, y diéronles tantas pedradas que, si no escapan por pies, no quedara ninguno de ellos a vida, llevándose hacia allá cada uno a buena cuenta cuatro o cinco guijarrazos, y como iban con túnicas, no conocieron a ninguno».

9. A tenor de semejantes desórdenes ya había habido anteriormente varios intentos de prohibición, que no obtuvieron, sin embargo, ningún resultado. Por ejemplo, Deleito,

palados, y otras manifestaciones penitenciales semejantes, pues, en lugar de servir para la edificación de las masas y contribuir a aumentar su recogimiento, eran una continua invitación al desorden, a la desvergüenza, y a la conducta licenciosa.

No obstante, todavía hoy en el pueblo riojano de San Vicente de la Sonsierra sigue existiendo una cofradía de la Vera Cruz, la de los «picaos», que practica la autoflagelación, y en la Vera de Plasencia en todas las Semanas Santas siguen haciendo acto de presencia los «empalaos», que ya fueron descritos con todo detalle por Francisco Santos en *Las tarascas de Madrid*:

Perdile de vista por hacer reparo en un aspado, que provocaba dolor penitente. Iba desnudo de medio cuerpo, llevando los brazos liados a la barra de hierro gruesa, con una soga de esparto; tapaba su cara con un paño blanco, aunque sucio, y en la cabeza una corona de espinas, que ya algunas dellas habían buscado sangre, por medio de las heridas que habían dado, mojando aquel sudor del alma el afligido rostro. Llevaba en la una mano un crucifijo, y en la otra un rosario¹⁰.

VARIACIONES SOBRE EL DISCIPLINANTE GALÁN EN QUEVEDO

En varios pasajes de su obra don Francisco de Quevedo muestra su inquina por el boato de las ceremonias religiosas, por la actitud interesada de los que mediante las oraciones pretenden alcanzar un provecho material y, en consecuencia, intentan establecer una relación con la divinidad casi de naturaleza venal:

¿Qué tempestad no llena de promesas los santos y qué mudanza tras ella no los torna a desnudar con olvido? ¡Qué de toques de campanas ha ofrecido a los altares la espantosa cara del golfo y qué dellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto! Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad y no de devoción. ¿Pedistéis alguna vez a Dios paz en el alma, aumento de gracia o favores suyos ni inspiraciones? No por cierto, ni aun sabéis para qué son menester estas cosas, ni lo que son. Ignoráis que el holocausto, sacrificio y oblación que Dios recibe de vosotros es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas, es moneda que aun Dios (si puede) es cudicioso en nosotros (*Los sueños*, p. 234).

En este mismo sentido, Quevedo manifiesta un odio acendrado hacia la conducta farisaica, hacia los que exhiben un aspecto exterior¹¹ que

1963, p. 167, refiere que Carlos II prohibió las procesiones de disciplinantes, pero don Antonio de Leyva, pariente del duque de Medinaceli, desafió dicha prohibición formando una patrulla de jóvenes que dio escolta a un disciplinante para que pudiera seguir ejerciendo con total impunidad la práctica vedada.

10. Santos, *Las tarascas de Madrid*, pp. 73-74.

11. Aunque es innegable el poco aprecio que Quevedo muestra hacia Erasmo, se encuentran puntos de contacto entre ambos humanistas, así como una común venera-

no se compagina con lo que alberga su corazón, hacia esos sepulcros blanqueados, a los que se refiere san *Mateo* (23, 27-32), que son hermosos por fuera, pero que por dentro guardan huesos e inmundicia.

Por su condición de hipócritas los disciplinantes despiertan la ira más encendida del escritor madrileño, por su doblez, pero también por su estúpida ignorancia, que, como sucede con los vanagloriosos ermitaños, provoca que se ganen el Infierno a pulso a través de los sacrificios y sufrimientos:

Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos, y llegado que hube vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, la mortificación, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del Infierno [...] Iban estos solos aparte y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna ni la van a gozar, conocieron la presente y holgarónse en ella, pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados, y en conclusión, destos se dice con toda verdad que ganan el Infierno con trabajos (*Los sueños*, pp. 177-178).

Atrajeron, pues, la atención de Quevedo estos disciplinantes mal contritos, y hacia ellos dirigió su indignación y las hirientes saetas de sus burlas, de tal manera que les dedica en su integridad tres largos poemas satíricos, los que llevan en *PO* los números 147, 712 y 724¹².

Ya es sabido que para los preceptistas clásicos la sátira es una poesía que pretende la reprehensión de los vicios y costumbres y que, según señala el Pinciano, y se expone en la *Sátira I* de Persio, se distinguen dos tipos de composiciones satíricas: aquellas que fustigan las conductas en cuestión con acerbidad, como las de Juvenal, y aquellas otras que lo hacen con cierta jocosidad, como las de Horacio.

Pues bien, la primera sátira quevediana (núm. 147) que nos ocupa se caracteriza por su gravedad, por su tono severo. El satírico madrileño

ción hacia escritores antiguos como Séneca y Luciano, por lo que son atinadísimas las siguientes palabras de Bataillon, 1979, p. 775: «A Erasmo y a los erasmistas españoles seguramente les hubiera gustado el tratadito que Quevedo intituló *La cuna y la sepultura*: hubieran reconocido una piedad hermana a la suya, en su afán de perfeccionar la filosofía estoica con la verdad cristiana, en su dura crítica del farisaísmo, en su comentario de la oración dominical, en su exaltación de la gracia (único bien que ha de pedir la oración), en su urgente invitación a meditar el Sermón de la Montaña y las Epístolas paulinas».

12. También encontramos alusiones aisladas a los disciplinantes en poemas que no están dedicados a éstos en su integridad. Por ejemplo, en el núm. 700, vv. 1-12, se lee lo siguiente sobre el pelícano: «Pájaro diciplinante, / que haciendo abrojo del pico, / sustentas, como morcillas, / a pura sangre, tus hijos; / barbero de tus pechugas, / y lanceta de ti mismo; / ave de comparaciones, / en los pulpitos y libros; / fábula de la piedad, / avechuelo del martirio, / mentira corriendo sangre, / aunque ha mucho que se dijo». Y en el número 516 escrito para zaherir a las flacas faldudas (López Gutiérrez, 1997) nos topamos con los versos: «Si de diciplinante mal contrito / eres el cucurucho y el delito, / llámte los cipreses arrendajo».

emplea los tercetos encadenados, forma estrófica prestigiada por su uso en la *Divina comedia*, de la que se sirvió, por ejemplo, Juan Boscán en las epístolas, Garcilaso en las elegías y el propio Quevedo en su célebre epístola dedicada al Conde-Duque de Olivares¹³. Y, además, en ella se evocan y se amplifican episodios del Nuevo Testamento relativos al Prendimiento, Pasión, Crucifixión y Muerte de Jesucristo, materia reservada a la poesía seria¹⁴, pues la Inquisición veía con gran sospecha la utilización de textos bíblicos en contextos jocosos y burlescos¹⁵.

En efecto, en este poema el locutor poético se dirige a un disciplinante que va desfilando en una procesión al lado de un paso en que se representa la flagelación de Cristo y contrasta su actitud frívola con la escena sobrecogedora que ha plasmado el artista por medio de sus esculturas, destinadas a inspirar la compasión y la piedad en los que las contemplan. Lejos de ello, el falso penitente hace oídos de mercader a la voz de su conciencia y, engalanado y pomposo, con vanagloria, busca la admiración de las gentes, y dedica su sacrificio a su dama:

La habilidad del diablo considero
en hacer que requiebre con la llaga
y por bien azotado un caballero (vv. 64-66).

Y crüenta oblación de las mujeres,
vivirás sacrificio de unos ojos
que te estiman, al paso que te hieres
y te llevan el alma por despojos (vv. 118-121).

Efectivamente, disponemos de varios testimonios que reflejan que era relativamente frecuente que los disciplinantes aplicaran sus flagelaciones más a lo humano que a lo divino, pues por diversos procedimientos se servían de su seudopenitencia pública para encandilar a las damas¹⁶. Así, la gala de sus atavíos, el lujo de su atuendo y el de los

13. Recuérdese el *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope, vv. 305-312: «Acomode los versos con prudencia / a los sujetos de que va tratando: / las décimas son buenas para quejas; / el soneto está bien en los que aguardan; / las relaciones piden los romances, / aunque en otavas lucen por extremo; / son los tercetos para cosas graves, / y para las de amor las redondillas».

14. Muy certeramente señala Arellano, 2004, p. 22: «En la sátira de tono serio el elemento bíblico aporta una severidad particular y solidez moral al ataque dirigido contra su blanco, cargando de autoridad la voz emisora». Con respecto al influjo de la Biblia en el pensamiento religioso de Quevedo, véase Martín Pérez, 1980, especialmente pp. 65 y ss.; por su parte, Rey, 1995, p. 28, señala la importancia de la inspiración bíblica en la poesía moral quediana, pero matiza que dicha inspiración se acentuó en la década final de su vida, después de que hubiera recibido la de los escritores latinos.

15. Ver Plata, 1997.

16. Juan de Zabaleta también señala en *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, pp. 283-284, que los caballeros aprovechaban la solemne procesión del Corpus para ponerse sus mejores galas y prestar mucha más atención a los balcones en que estaban las damas que pretendían que al homenaje al Santísimo Sacramento, reducido a un mero pretexto para lucir palmito: «Sale, al fin, nuestro lucido de casa, vestido de manera que, si tuviera entendimiento, le debiera dar más vergüenza que si fuera desnudo. Al emperador

alumbrantes que los acompañaban, ya que había algunos que no pertenecían a ninguna cofradía y sufragaban los gastos de su cuadrilla de penitentes de luz, era para impresionar a cualquiera, según se observa en el *Entremés de la Tataratera* de Pedro Francisco Lanini¹⁷:

MUJER	¿Tanto gastas en beatilla?
LESM.	Bueno es eso, de cosa tan ordinaria me había yo de vestir
MUJER	¿De eso no son las enaguas?
LESM.	Yo siempre cuando me azoto me he vestido de escarlata.
COSM.	¿De escarlata?
LESM.	Y los que alumbran llevan blandones de plata.

O en el siguiente poema de Castillo Solórzano, perteneciente a *Donaires del Parnaso*, donde un académico de la Academia de Madrid escribe a un poeta amigo suyo que ha tenido que ausentarse para ir a Granada con el propósito de contarle cómo ha transcurrido la Semana Santa madrileña (*Segunda parte*, núm. 36, vv. 49-64):

Tal salió que anduvo un mes
diligente en prevenir
el diciplinante adorno
que agrada a doña Beatriz:
los parejos alumbrantes,
sacados por un perfil,
sin diferir en el talle
del capillo al ponleví,
y él con más pliegues que bolsa
de tratante villeguín,
y más pausado en el paso
que lo fue el rey don Dionís,
iba al compás del paseo
hecho un culto matachín,
previniendo los abrojos
una y otra cicatriz.

También facilitaba el cortejo exitoso del disciplinante galán el llevar un hábito entallado, que pudiera marcar perfectamente su cuerpo, que, por otra parte, quedaba al aire parcialmente para ser golpeado con el

Heliogábalo le llevaban desnudo en un carro un día de gran festividad cuatro mujeres desnudas. A la festividad del Santísimo Sacramento va este hombre vestido con menos decencia que si no fuera vestido, y quien le lleva son las mujeres casi hasta el medio cuerpo desnudas que están en los balcones de las calles por donde la procesión pasa».

17. En *Migajas del ingenio y apacible entretenimiento*, ca. 1670, fols. 74r-74v.

azote permitiendo un exhibicionismo, que, en otros contextos, era radicalmente rechazado por una sociedad como la de los Siglos de Oro, cuya ideología oficial privilegiaba el espíritu sobre el cuerpo. Así, en el libro cuarto de *La pícara Justina*, se nos describe a un mozuelo, hijo de una pobre lavandera viuda, que se considera hidalgo, y alberga la pretensión de cortejar a la protagonista del relato, pues tiene por seguro que logrará seducirla paseando por su calle vestido de disciplinante:

Las partes con que yo puedo competir son con que me vea mi buen cuerpo, disposición y blancura de carnes descubiertas, y aun será posible que el verter mi sangre la mueva a compasión¹⁸.

Y en efecto, tal como pensaba el holgón con aires de hidalguía, para las mujeres de la época constituía una auténtica fascinación el contemplar la abundante sangre de los penitentes brotando de su espalda, y era un acto de suprema galantería el que los encapirotados con un diestro manejo de la disciplina consiguieran salpicarlas con su propia sangre, como apunta madame d'Aulnoy en su célebre *Relación del viaje de España*:

Van ante las ventanas de sus amantes, donde se fustigan con una maravillosa paciencia. La dama mira esa linda escena a través de las celosías de su habitación, y con alguna seña le anima a despegarse vivo y le hace comprender lo mucho que agradece esa galantería. Cuando tropiezan con alguna mujer hermosa, se fustigan de cierta manera que haga salpicar la sangre sobre ella, lo cual es una delicada atención, que la dama no deja de agradecerles¹⁹.

Y en idéntico sentido se pronuncia el Padre Isla describiendo lo irresistible que es para las mozas de la Tierra de Campos la figura del disciplinante ensangrentado:

Contémplese finalmente cómo llega a brotar la sangre que en algunos, si no es en los más, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez que brotan leche de empegar botas; cómo va salpicando las enaguas, cómo se distribuye en canales por el faldón, cómo le humedece, cómo le empapa, hasta entraparse en los pernejones del pobre disciplinante. Y dígame con serenidad el más apasionado contra las glorias de Campos, si hay en el mundo espectáculo más galán ni más airoso. Si puede haber resistencia para este hechizo, y si no tienen buen gusto las mozanconas que se van tras los

18. *La pícara Justina*, p. 701. El Padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, I, p. 82, se recrea en describir minuciosamente el aspecto de las carnes de los disciplinantes expuestas al aire con total impudicia: «Dos grandes trozos de carne momia, maciza y elevada que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo que corre de alto a bajo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, a manera de cuartos traseros de calzón, no parece sino que las nalgas se han subido a las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos».

19. D'Aulnoy, *Relación del viaje de España*, p. 255.

penitentes, como los muchachos tras los gigantes y la tarasca el día del Corpus (*Fray Gerundio de Campazas*, I, p. 83)²⁰.

Da toda la impresión, pues, de que los disciplinantes se azotaban con denuedo más por agradar a sus damas que por devota compasión hacia el lacerado cuerpo de Cristo o por dolor de sus pecados. El seudopenitente, de alguna forma, es la plasmación perfecta del amante cortés que pretende convertirse en un mártir de amor, siguiendo los famosos tratados que se remontan a la Edad Media, según los cuales, mediante los sufrimientos amorosos, el caballero, al menos, anhelaba conseguir la misericordia de la señora que era el objeto de su pasión, con lo que, en cierta manera incurre en una especie de idolatría, tal como la que denuncia Fernando de Rojas en el *incipit* de la edición de *La Celestina* del año 1500 en Toledo: «Compuesta en reprehensión de los locos enamorados, que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios»²¹.

No es de extrañar, por lo tanto, que Quevedo en el poema núm. 147 lance su ira furibunda hacia quienes, más que mostrar sincera contrición, con los latigazos que llagan su cuerpo, están redoblando el castigo del Cordero, por lo que son comparados con los verdugos del Mesías y con el propio Judas, ya que con su extravagante conducta han clavado un puñal más (el octavo) en el corazón de la Virgen de los Dolores.

Por consiguiente, don Francisco realza su falta de escrúpulos de conciencia y su insensibilidad hacia la Pasión de Jesucristo empleando un recurso de gran difusión en la oratoria sagrada de los Siglos de Oro²², consistente en contrastar la indiferencia del hombre, en este caso del impío penitente, que, con su actitud, agrava los padecimientos del Mesías, con la pena que experimenta la naturaleza con la muerte del Salvador, la cual provoca que hasta las propias piedras se quiebren compasivas, motivo al que dedica Quevedo varios sonetos, en especial el 151:

De piedra es, hombre duro, de diamante
tu corazón, pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu semblante.

20. El conseguir una prenda manchada con la sangre del enamorado parece ser que para las damas de la época tenía un alto valor. Recuérdese el final de la jornada segunda de *El perro del hortelano* (vv. 3338 y ss.), donde Diana le pide a su secretario Teodoro para llevarse ella el pañuelo de lienzo con el que se limpió la sangre que salía de su nariz por el bofetón que le propinó la propia dama.

21. Ver Rojas, *La Celestina*, ed. Piñero, p. 93. Por otra parte, este desplazamiento de lo penitencial desde la esfera de lo religioso hacia el erotismo también se produce en la literatura caballeresca y tiene su reflejo en *El Quijote*, donde el hidalgo manchego quiere imitar en Sierra Morena la penitencia de Amadís, cuando el espejo de la andante caballería decide retirarse a la Peña Pobre para dejarse morir y satisfacer así lo que cree que la desdiosa Oriana desea (Hutchinson, 1995, p. 293). Ver Avalle-Arce.

22. Ver Varela Gestoso, 1999.

Mas no es de piedra, no; que si lo fuera,
de lástima de ver a Dios amante,
entre las otras piedras se rompiera.

El mismo procedimiento para poner de relieve la dureza del corazón del hombre ante la Pasión y Muerte de Nuestro Señor lo emplea Francisco Santos en *Las tarascas de Madrid*. Hace referencia el escritor costumbrista a una yerba que en los días de Semana Santa pierde su verde intenso y se vuelve gris en señal de luto, a un árbol que llora en Viernes Santo, y a un pájaro de melodioso canto y plumaje de bello colorido, que en el tiempo de Pasión enmudece, se oculta de la vista de todos y no alza los ojos del suelo porque se lo impide el dolor por los sufrimientos y el óbito de Jesucristo, para desarrollar más tarde en unos versos el motivo de la piedra conmovida por la compasión:

Las lágrimas que arrojaba
recogía un pedernal
y por solo acompañarle,
guarda en sí el tierno raudal.
Siento, dijo, por quien sientes,
y así te quiero ayudar,
pidiéndote solamente,
que dejes en mí señal.
Las piedras sienten al ver
a su amante Dios penar,
y siendo dura materia,
allí se ven ablandar.
Y el hombre, sordo a sus quejas,
¡Oh gran Dios!, no quiere dar,
ni el oído a la razón
ni el sentir a tu penar.
El tiempo siente la muerte
de su Autor Universal,
y las piedras se enternecen,
y el hombre vuelve a pecar²³.

Así pues, ante semejante actitud de absoluta indiferencia del disciplinante ante la Pasión y Muerte de Cristo, en el mismo tono grave y severo presente en todo el poema, el locutor poético le invita a que se imagine que ya ha muerto y se encuentra en el día del Juicio Final, y le

23. Santos en *Las tarascas de Madrid*, pp. 117 y ss. En la lírica profana nada menos que el maestro de maestros, Garcilaso de la Vega, también emplea este tipo de comparaciones para ponderar la crueldad de Galatea en la *Égloga I*, vv. 197-209: «Con mi llorar las piedras enternecen / su natural dureza y la quebrantan; / los árboles parece que se inclinan; / las aves que me escuchan, cuando cantan, / con diferente voz se condolecen, / y mi morir cantando me adivinan. / Las fieras que reclinan / su cuerpo fatigado, / dejan el sosegado / sueño por escuchar mi llanto triste. / Tú sola contra mí te endureciste, / los ojos aun siquiera no volviendo / a lo que tú hiciste».

vaticina su condenación, porque en tal proceso siempre resplandecerá la verdad, ya que Dios puede conocer nuestras intenciones más ocultas, y nadie, por hipócrita que sea, puede enmascarárselas:

Al fin conocí que iban estos arrebozados para nosotros, mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara (*Los sueños*, p. 178).

En el número 712 el tono grave va dando paso a un estilo más jocoso. Hacen su aparición palabras expresivas (*fulanito, citanito, cotorre-rito, cholla, morcilla, morcón...*), propias del registro coloquial, de gran efectividad en la literatura burlesca, como señalaba Luzán en su *Poética*:

Mucha parte de la belleza del estilo jocoso consiste en la elección de voces ya de suyo graciosas y de modos de hablar familiares y burlescos²⁴.

Y en este mismo sentido, empiezan a prodigarse los juegos de ingenio como la paronomasia (*pliegues / plegue*), la antanacласis (*agudo*), la antítesis (*carcajada / llanto*), la paradoja (*tanto más desalumbrado / cuanto más te alumbran hoy*) y el uso de metáforas radiales o acumulaciones de apodos, es decir, de varias imágenes referidas al mismo plano real (en este caso el disciplinante de marras), recurso al que se refiere elogiosamente Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio*:

Son comúnmente los apodos unas sutilezas prontas, breves relámpagos del ingenio, que en una palabra encierran mucha alma de concepto [...] De muchos apodos juntos se hace una artificiosa definición del sujeto, que llaman los retóricos *a conglobatis*, y no son otra cosa que muchas metáforas breves o símiles multiplicados (t. II, pp. 146-151).

Evidentemente sigue existiendo en el autor la intención satírica²⁵, la condena de la frivolidad del disciplinante, el augurio de su condenación por estar inspirada por el diablo su conducta, pero la gravedad del tono se rebaja, se cambian los tercetos por el romance, ya no se evocan episodios de las Sagradas Escrituras como la muerte de Cristo o el Juicio Final, ni se alude a imágenes que son auténticos paradigmas del sufrimiento como la Virgen de los Dolores, sino que, por el contrario, prácticamente, sólo comparecen en escena personajes del Nuevo Testamento de uso frecuente en la literatura jocosa como Judas, Pilatos, el gallo, los sayones o el mal ladrón²⁶, y el locutor poético dirige la in-

24. Luzán, *Poética*, p. 240.

25. Como señala certeramente Arellano, 1984, p. 38, sátira y burla pueden aparecer a la vez en un poema, pues lo satírico hace referencia a la intención moral, y lo burlesco más bien al estilo, al carácter gracioso o jocoso de este.

26. Sobre el tratamiento burlesco de la figura de Judas, Vilar, 1978. En lo que respecta a Pilatos, recuérdese, por ejemplo, el chiste del capítulo segundo del *Buscón*, en el que el protagonista, al rezar el credo, cambia el nombre de *Poncio Pilato*, por el de *Poncio de*

mensa mayoría de sus palabras a acentuar el aspecto ridículo del falso penitente, hasta convertirlo en un auténtico fante.

Por ejemplo, con dos metáforas en aposición tan chuscas como *morcilla* y *morcón* alude a su apariencia grotesca con la sangre chorreante, relacionándolo con *entremés* y *gracioso*, términos vinculados inequívocamente con el mundo de la comedia, hace hincapié en su carácter risible, pero hay otras imágenes que todavía inciden más en la degradación del disciplinante, y contribuyen a poner de relieve los puntos en contacto que tienen estos individuos con otras figuras del retablo burlesco de don Francisco.

En efecto, estos galanes mal contritos tienen unas características como son su apariencia femenina (*maya, cotorrerito buido...*), la suma preocupación que muestran en el cuidado de sus ropas entalladas y profusamente engalanadas, su amaneramiento, el interés por impresionar a las damas, que recuerdan las palabras que dedica a los lindos el propio Quevedo en su *Vida de la corte*:

Hay figuras artificiales que usan bálsamo y olor para los bigotes, jaboncillo para las manos y pastilla de cera de oídos [...] Enamoran en la comedia, donde toman entre seis un banco, civil cosa para príncipes; en la iglesia, donde hay concurso y fiesta (que no es gente que reserva lugares sagrados para dejar de tratar de la insolencia que llaman bizarria), son gestosos y afectados; no les mira mujer que no piensen se ha enamorado de sus gracias y buen talle (*Prosa festiva completa*, p. 233)²⁷.

Por supuesto, algo que contribuye a ese mencionado amaneramiento que exhiben los disciplinantes son los movimientos, perfectamente ensayados, que realizan al azotarse, de tal forma que convierten un acto de penitencia pública en una danza histriónica y fuera de lugar, por lo que el locutor poético de este poema (núm. 712) relaciona sus evoluciones coreográficas con bailes populares como el rastro, la zarabanda y la chacona, bailes, sobre todo los dos últimos, que fueron tildados por los moralistas como torpes y deshonestos.

Aguirre para evitar el castigo del maestro. En cuanto al gallo de la Pasión, véase el poema núm. 187, vv. 8-13, dirigido a san Pedro: «A Dios negaste, luego os cantó el gallo / y otro gallo os cantara a no negallo, / pero que el gallo cante / por vos, cobarde Pedro, no os espante, / que no es cosa muy nueva o peregrina / ver el gallo cantar por la gallina». Sobre el mal ladrón, *Los sueños*, p. 151: «Los malos ministros, por lo que han tomado, se alojan con el mal ladrón». Por lo que atañe a los sayones, *Los sueños*, p. 105: «Pusiéronse a un lado, donde estaban los sayones, judíos y filósofos, y decían juntos, viendo a los sumos pontífices en sillas de gloria: —Diferentemente se aprovechan los Papas de las narices que nosotros, pues con diez varas dellas no vimos lo que traíamos entre las manos».

27. Castillo Solórzano en *Donaires del Parnaso*, 43, vv. 24-31, también alude al aspecto amanerado y andrógino que tenían los lindos: «Del taller de la belleza / sale semihembra un joven, / que él piensa que tiene sal, / como taller de señores. / Tan hermoso y alindado, / que por él se cantó a voces / el dilatado cantar / de ¡oh qué lindo lindoque!».

Y es que, la verdad, por los testimonios de que disponemos a propósito de sus contoneos, posturas, y juegos de muñeca al aplicarse el azote, la puesta en escena de su azotamiento era para impresionar a cualquiera:

Comenzose a azotar y andar a son. La traza del disciplinante era tan donosa como gallarda, si cayera en otro sujeto. Dábase tres azotes en buen compás, y tras ellos daba otros tres gallardos pasos con el azote sobre la espalda y los brazos puestos en asa. Como el diciplinante era solo uno y el ruido tanto y el uso tan nuevo para aquella tierra, en un punto aparroquió todos los muchachos de la villa. Llegaron a mi puerta, y como no podía llamar al cerrojo, un poco antes de llegar avivó en tanta manera el ruido de los golpes, que entendí que me corría la calle algún desaforado caballo. Asomeme a la ventana, y como el diciplinante vio que yo le miraba, por me hacer favor, dobló la parada de los azotes y acortó la de los pasos, dándose a cada paso y medio seis azotes, y repicábalos a buen son (*La pícara Justina*, pp. 701-702).

Tienen reglas para disciplinarse con arte, y los maestros las enseñan como se enseña a bailar o a tirar las armas [...] Para llamar la atención y obtener la admiración pública es preciso no gesticular mucho con el brazo, sino mover únicamente la muñeca y la mano, que los golpes se den sin precipitación y que la sangre salte sin estropear la túnica. Se producen heridas terribles sobre los hombros, de las que brotan arroyos de sangre; caminan a pasos contados por las calles (*Relación del viaje de España*, pp. 254-255)²⁸.

Tanto el poema 147 como el 712 tienen un locutor exagemático, es decir, que su voz figura la voz del autor, aunque siempre es abusivo inferir una estricta identificación entre el yo poético y la persona real²⁹. Ahora bien, en el poema 724, para potenciar la comicidad, se presentan los versos puestos en boca de un locutor burlesco, un individuo enfermo de sífilis, según lo indican sus bubas y los agudos dolores que padece en las articulaciones, y aquejado de mal de bolsa por la falta de dinero, y de mal de tripa por el hambre que está pasando.

Ya no aparecen alusiones microtextuales ni macrotextuales a las Sagradas Escrituras, y siguen brillando los juegos de ingenio como el contrahacer locuciones *hacer cuero* ‘emborracharse’, por ejemplo, sobre

28. También se hace referencia a esta afectada coreografía de los penitentes de sangre en *Fray Gerundio de Campazas*, I, pp. 82-83: «Considérese después que este tal disciplinante que vamos pintando saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio y pendiente de una cuerda de cáñamo, empegada por mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura; que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo; que apoya el codo derecho sobre el ijar del mismo lado (menos que sea zurdo nuestro disciplinante, porque entonces es cosa muy necesaria advertir que todas estas posturas se hacen al contrario), que, sin mover el codo, y jugando únicamente la mitad del brazo derecho, comienza a sacudirse con la pelotilla hacia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia que de esta manera ha de venir a dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares». Comp. *Las seiscientas apotegmas*, p. 54: «Íbase haciendo carnes un penitente con el brío y gracia que bastara para entrar en guardia en hábito de soldado, y ser loado de airoso y bizarro, porque se azotaba a compás haciendo piernas y contorneando el cuerpo».

29. Ver Arellano, 1984, p. 213.

la base de *hacerse carne* ‘dañarse’, o el empleo de múltiples dilogías como las que afloran al mencionar diferentes nombres que sirven para designar cofradías muy extendidas por toda España, además de para aludir al valor léxico que tienen dichos nombres en el lenguaje corriente:

Cofrades de los *dolores*
son, por mis bubas, mis miembros,
de las *angustias* mis tripas,
de la *pasión* mis deseos;
de la *soledad* mi bolsa,
pues es un puro desierto
de metal todo acuñado,
que me acompañe un momento.

El locutor burlesco refiere que como galanteador se encuentra haciendo el noviciado de amor, lo cual recuerda una vez más los planteamientos del amor cortés en que se daba un tratamiento a la amada de carácter divino, y, por consiguiente, su amante tenía que jurar a la dama el cumplimiento de unos votos a semejanza de los de pobreza, castidad y obediencia que frailes y monjas juraban al profesar, según recuerda Jorge Manrique en uno de los poemas más famosos de su *Cancionero*:

Porque el tiempo es ya pasado
y el año todo cumplido,
después acá que hube entrado
en orden de enamorado
y el hábito recibido,
porque en esta religión
entiendo siempre durar,
quiero hacer profesión,
jurando de corazón
de nunca la quebrantar.

Prometo de mantener
continuamente pobreza
de alegría y de placer;
pero no de bien querer
ni de males ni tristeza

[...]

Prometo más: obediencia
que nunca será quebrada
en presencia ni en ausencia,
por la muy gran bienquerencia
que con vos tengo cobrada (pp. 18-19).

Ahora bien, este novicio de amor, con una conciencia tan laxa, según confesión propia, que nunca ha sufrido sus remordimientos, no parece que esté muy dispuesto a afrontar los tormentos a los que se refiere el poeta de Paredes de Nava en los versos anteriores.

Su dama le pide como prueba de su amor que lleve una gruesa cruz a cuestras en la inminente Semana Santa, o si así lo prefería, que se azotara reciamente sus espaldas, petición que debía de estar a la orden del día por aquella época, pues también aparece en el *Entremés de la tataratera* de Lanini, fol. 74r:

COSM.	¡Que haya mujer que le pida a un hombre, que se saje las espaldas!
MUJER	Más me espanto yo de que haiga hombre que lo haga.
LESM.	Doña Inés me quiere mucho.
MUJER	Sí, las muestras son muy claras.
ITALIAN.	En la Italia no azotamo en la antifona.
COSM.	Es que pagan por donde pecan.
LESM.	Inés gusta de ver con la gala, y el aire, con que el azote maneja al mover las plantas.

Sin embargo, el yo poético desestima la demanda de su dama y no se muestra dispuesto a sumar más sacrificios a su ya difícil vida, para lo que emplea, de manera cínica, un argumento que recuerda lejanamente el que empleaba el teólogo francés Gerson para criticar a los disciplinantes en su opúsculo *Contra sectam flagellantium*, consistente en afirmar que es más meritorio soportar con resignada paciencia los sufrimientos que te depara la vida, que desollarte con la disciplina las espaldas.

Pero es que, además, nuestro locutor burlesco desengañado introduce en el poema un motivo omnipresente en el universo jocosos quevediano, aquel que consiste en señalar que el amor es reducible a dinero, que las mujeres son seducidas por el codiciado metal antes que por la belleza y apostura de sus galanes, o por su voluntad de sacrificio para cargar una pesada cruz de madera o llagarse las espaldas:

A la Corte vas, Perico,
niño, a la Corte te llevan
tu mocedad y tus pies:
Dios de su mano te tenga.
Fiado vas en tu talle,
caudal haces en tus piernas;
dientes muestras, manos das,
dulce miras, tieso huellas.
Mas, si allá quieres holgarte,
hazme merced que en la venta
primera trueques tus gracias
por cantidad de moneda.

No han menester ellas lindos,
que harto lindas se son ellas:
la mejor fación de un hombre
es la bolsa grande y llena (núm. 726, vv. 1-16).

Y hasta la propias diosas y ninfas (Venus, Dafne, Dánae...), como femeninas, siempre están dispuestas a recibir con buen gesto a cualquiera en sonando la bolsa, sin que pidan ningún martirio del amante para rebajar el precio que hay que pagar:

Bermejazo platero de las cumbres,
a cuya luz se espulga la canalla,
la ninfa Dafne, que se afufa y calla,
si la quieres gozar, paga y no alumbres.
Si quieres ahorrar de pesadumbres,
ojo del cielo, trata de compralla:
en confites gastó Marte la malla,
y la espada en pasteles y en azumbres.
Volvióse en bolsa Júpiter severo;
levantose las faldas la doncella
por recogerle en lluvia de dinero.
Astucia fue de alguna dueña estrella,
que de estrella sin dueña no lo infiero:
Febo, pues eres sol, sírvete de ella (núm. 536).

En conclusión, tras un pormenorizado análisis de las críticas que han recibido los disciplinantes en los Siglos de Oro, e incluso en épocas anteriores, he pretendido mostrar, mediante el estudio de tres poemas de Quevedo (147, 712 y 724), la sátira a la que los somete el escritor madrileño desde diferentes perspectivas, grave y jocosa. Aparte de señalar, como tantos autores, que a los mal contritos penitentes los mueve más que la devoción, la vanagloria y la hipocresía, don Francisco hace hincapié en que el lamentable espectáculo que dan en las procesiones está provocado por su interés en agradar a las damas, dedicándoles, con una actitud que raya en la idolatría, sus sacrificios, y convirtiéndose así en una perfecta encarnación de la figura del mártir de amor, que se remonta a la literatura provenzal, y que el propio Quevedo ha sacado a relucir con frecuencia en su poesía amorosa seria.

POEMAS

ABOMINA EL ABUSO DE LA GALA EN LOS DICCIPLINANTES (147)

Deja la procesión, súbete al paso,
 Íñigo; toma puesto en la coluna,
 pues va azotando a Dios tu propio paso.
 Las galas que se quitan sol y luna
 te vistes, y, vilísimo gusano,
 afrentas las estrellas una a una. 5
 El hábito sacrílego y profano
 en el rostro de Cristo juntar quieres
 con la infame saliva y con la mano.
 Con tu sangre le escupes y le hieres; 10
 con el beso de Judas haces liga,
 y por escarnecer su muerte, mueres.
 No es acción de piedad, sino enemiga,
 a sangre y fuego perseguir a Cristo,
 y quieres que tu pompa se lo diga. 15
 No fue de los demonios tan bienquisto
 el que le desnudó para azotalle,
 como en tu cuerpo el traje que hemos visto,
 pues menos de cristiano que de talle,
 preciado con tu sangre malhechora, 20
 la suya azotas hoy de calle en calle.
 El sayón que de púrpura colora
 sus miembros soberanos te dejara
 el vil oficio, si te viera agora.
 Él, mas no Jesucristo, descansara, 25
 pues mudara verdugo solamente,
 que más festivamente le azotara.
 El bulto del sayón es más clemente:
 él amaga el azote levantado,
 tú le ejecutas, y el Señor le siente. 30
 Menos vienes galán que condenado,
 pues de la Cruz gracejas con desprecio,
 bailarín y Narciso del pecado.
 En tu espalda le hieres tú más recio
 que el ministro en las suyas, y contigo 35
 comparado, se muestra menos necio.
 Él es de Dios, mas no de sí enemigo;
 tú de Dios y de ti, pues te maltratas,
 teniendo todo el cielo por castigo.
 Vestido de ademanes y bravatas, 40
 nueva afrenta te añades a la historia
 de la pasión de Cristo, que dilatas.

¿No ves que solamente la memoria de aquella sangre en que la Virgen pura hospedó los imperios de la gloria,	45
el cerco de la Cruz en sombra oscura desmaya la viveza de su llama y apaga de la luna la hermosura?	
La noche por los cielos se derrama, vistiendo largo luto al firmamento; el fuego llora, el Oceano brama,	50
gime y suspira racional el viento, y, a falta de afligidos corazones, los duros montes hacen sentimiento.	
Y tú, cuyos delitos y traiciones causan este dolor, das parabienes de su misma maldad a los sayones.	55
Recelo que a pedir albricias vienes desta fiereza al pueblo endurecido, preciado de visajes y vaivenes.	60
Más te valiera nunca haber nacido que aplaudir los tormentos del Cordero, de quien te vemos lobo, no valido.	
La habilidad del diablo considero en hacer que requiebre con la llaga, y por bien azotado, un caballero;	65
y en ver que el alma entera aquél le paga, que capirote y túnica le aprueba, mientras viene quien más cadera haga.	
Y es invención de condenarse nueva llevar la penitencia del delito al mismo infierno que el delito lleva.	70
Desaliñado llaman al contrito, pícaro al penitente y al devoto, y sólo tiene séquito el maldito.	75
Dieron crédito al ruido y terremoto los muertos, y salieron lastimados; y cuando el templo ve su velo roto,	
el velo, en que nos muestras tus pecados transparentes, se borda y atavía, de la insolencia pública preciados.	80
Considera que llega el postrer día en que de este cadáver, que engalanas, con asco y miedo, la alma se desvía;	
y que de las cenizas que profanas, subes al tribunal, que no recibe en cuenta calidad y excusas vanas.	85
Allí verás cómo tu sangre escribe proceso criminal contra tu vida, donde es fiscal Verdad, que siempre vive.	90
Hallarás tu conciencia prevenida del grito a que cerraste las orejas, cuando en tu pecho predicó escondida.	

Los suspiros, las ansias y las quejas abrirán contra ti la negra boca por el llanto de Cristo, que festejas.	95
¿Con qué [razón] podrá tu frente loca invocar los azotes del Cordero, si de ellos grande número te toca?	
A los que Cristo recibió primero, juntos verás los que después le diste en competencia del ministro fiero.	100
A su Madre Santísima añadiste el octavo dolor, y en sus entrañas cuchillo cada abrojo tuyo hiciste.	105
Acusarante abiertas las montañas, las piedras rotas, y a tan gran porfía atenderán las furias más extrañas.	
Y presto sobre ti verás el día de Dios, y en tu castigo el desengaño de tan facinerosa hipocresía.	110
La justicia de Dios reinará un año, y en dos casas verás tus disparates llorar su pena o padecer su daño.	
Cristiano y malo, irás a los orates; al Santo Oficio irás, si no lo fueres, por que si no te enmiendas, te recates.	115
Y, crüenta oblación de las mujeres, vivirás sacrificio de unos ojos que te estiman, al paso que te hieres y te llevan el alma por despojos ³⁰ .	120

NOTAS

- 1-3 El locutor poético se dirige a un destinatario intratextual, que es un disciplinante, Íñigo, que se encuentra desfilando en ese momento en una procesión. El paso ante el que está parece que tiene la imagen de la flagelación del Señor atado a la columna, al que después de flagelado presentará Pilatos, maltrecho, ante las multitudes para intentar aplacarlas. Recuérdese, por ejemplo, *Juan*, 19, 1: «*Tunc ergo apprehendit Pilatus Iesum et flagellavit*». Ver *PO*, núm. 700, vv. 21-24: «Con túnica y capirote / y esa llaga que te miro, / te tragarán por cofrade, / en los pasos, los judíos». Hay antanaclasis con *paso* ‘grupo escultórico’ y ‘desfile en la procesión’.
- 4-6 El contraste entre el luto del firmamento y el atuendo festivo del disciplinante es un tema que aparece de forma recurrente en el poema.

30. Los números de los poemas corresponden a la *Poesía original completa* editada por José Manuel Blecua.

- 7-9 Rememora otra vez otro episodio del Nuevo Testamento: «*Tunc expuerunt in faciem eius et calaphis eum ceciderunt; alii autem palmas in faciem ei dederunt*» (Mateo, 26, 67).
- 11 *liga*: 'alianza'. Quevedo, a lo largo de su obra, alude varias veces al beso de Judas como a la traición por antonomasia. Ver *Los sueños*, p. 177: «Había muchas mujeres tras éstos besándoles las ropas, que en besar algunas son peores que Judas, porque él besó, aunque con ánimo traidor, la cara del Justo Hijo de Dios y Dios verdadero, y ellas besan los vestidos de otros tan malos como Judas».
- 13-18 *enemiga*: 'enemistad'. *A sangre y fuego*: «Con sumo rigor» (Aut). Comp. *San Mateo*, 27, 28: «*Et exuentes eum, clamydem coccineam circumdederunt eis*».
- 22-24 *sayón*: «El verdugo que ejecutaba la pena de muerte, u otra a que eran condenados los reos» (Aut). Por lo tanto *el vil oficio* es el de verdugo. La púrpura se refiere a la sangre.
- 28-31 *bulto*: «La imagen, efígie, o figura hecha de madera, piedra o de otra cosa» (Aut). El sayón es más clemente que el disciplinante, porque en el grupo escultórico tiene el látigo levantado, pero, congelado en este instante, nunca llega a golpear la espalda de Cristo. En cambio, el impío disciplinante sí hiere al Señor con el bochornoso espectáculo de su autoflagelación. *Galán*: «El hombre de buena estatura, bien proporcionado de miembros, y airoso en el movimiento. Se dice también del que está vestido de gala, con aseo y compostura» (Aut).
- 32-35 *gracejar*: «Usar de chanzas, chistes o dichos graciosos y festivos» (Aut). Narciso es el presumido por antonomasia, pues se enamoró de sí mismo al reflejarse en las lípidas aguas de una fuente. Ver el *Buscón*, p. 101: «Trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente». *Ministro*: «Se llaman también los alguaciles, corchetes y demás oficiales inferiores, que ejecutan los mandatos o autos del juez» (Aut).
- 36-41 Otra constante en Quevedo: la estupidez de los disciplinantes, como la de los hipócritas en general, es tal, que se ganan la condenación siendo enemigos de sí mismos, a través de sus propios sacrificios.
- 42-54 Recreación amplificada del episodio neotestamentario en que se relata la muerte del Redentor. Comp. *Mateo*, 27, 45: «*A sexta autem hora tenebrae factae sunt super universam terram usque ad horam nonam*». Y *Mateo*, 27, 51: «*Et terra mota est, et petrae scissae sunt*». *Racional*: «En la filosofía es el predicado esencial, que constituye la diferencia entre el hombre y el bruto». (Aut).
- 55-60 *delito*: «*Latine delictum, peccatum, a delinquo, -is, quod qui peccat delinquit officium suum*»; que si tomamos el vocablo en sumo rigor vale omisión, cuando uno faltó en hacer lo que debía. Pero *delictum* y *peccatum*, todo significa una cosa» (Cov.). *Albricias*: «Lo que se da al que trae algunas buenas nuevas» (Cov.). A propósito de *delito* con la acepción de 'pecado' en Quevedo, ver López Gutiérrez, 1997, pp. 393-397. Sobre *el pueblo endurecido*, ver *Éxodo*, 32, 9: «*Rursumque ait Dominus ad Moysen: Cerno quod populus iste durae cervicis sit*». Comp. *Éxodo*, 33, 3, y *Deuteronomio* 9, 13. *Visajes*: «Gesto despro-

- porcionado, o demostración reparable del rostro, con que se da a entender algún afecto, o pasión interior» (*Aut*).
- 61-63 Recuérdese lo que dice Jesucristo a Judas Iscariote a propósito de que uno de sus discípulos le va a traicionar, según se declara en las Sagradas Escrituras: «*Filius quidem hominis vadit, sicut scriptum est de illo, vae autem homini illi, per quem Filius hominis traditur! Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille*» (*Mateo*, 26, 24). Por otra parte, *valido* 'protegido' también sugiere la acepción de *balido* 'voz del ganado lanar' por su vinculación a *Cordero* y a *lobo*.
- 64-66 El sacrificio del disciplinante responde más que a una sincera contrición a su afán de impresionar a las damas; *requiebrar*: «Metafóricamente vale galantear, cortejar una dama, decir requiebros» (*Aut*). Comp. Covarrubias: «Metafóricamente se dice *requiebrarse el galán*, que es tanto como significar estar deshecho por el amor de su dama. *Decir requiebros* es significarle sus pasiones, loar su hermosura y condenar su crueldad». *Caballero*: «El hidalgo antiguo notoriamente noble, que tiene algún lustre más que los otros hidalgos, o en la antigüedad, o en los méritos, suyos o heredados» (*Aut*).
- 67-72 El narcisismo del disciplinante («bailarín y Narciso del pecado») provoca que el que le alaba su frívolo atuendo, refuerce su conducta y, en consecuencia, facilite la venta de su alma al maligno. Su aparente sacrificio penitencial, en lugar de servir para la purga de sus pecados, contribuye a agravar sus culpas. *Delito* 'pecado'.
- 72-75 La inversión de valores en la que viven los disciplinantes y quienes aplauden su comportamiento se refleja en que usen una serie de palabras de manera inadecuada; *pícaros*: «Picaño. El andrajoso y despedazado» (*Cov.*). Comp. *Los sueños*, pp. 201-202: «Los hombres, que todo lo entendéis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador, maldiciente; y sabio llamáis al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar a que le pierdan el respeto». Francisco Santos en *Las tarascas de Madrid*, p. 74, saca a la palestra a unos disciplinantes contritos: «La procesión guiaba su camino, donde iban cuatro pobrecitos azotándose, la túnicas, humildes, los capirotos pequeños, y las llagas muy grandes, y muy llenos de sangre, y los pies descalzos; y como los ojos del común vulgacho, creo que solo va a ver la fanfarria, y no la humildad, empezó a reírse de ver con el ansia que se azotaban, sin duelo de sus carnes». *Séquito*, los que le acompañan admirados y, sobre todo, los alumbrantes o penitentes de luz.
- 76-81 Nueva recreación de las consecuencias que se derivaron de la muerte de Jesucristo. Ver *Mateo*, 27, 51, 52 y 53: «*Et ecce velum templi scissum est a summo usque deorsum in duas partes, et terra mota est, et petrae scissae sunt. Et monumenta aperta sunt et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt et exeuntes de monumentis post resurrectionem eius venerunt in santam civitatem et apparuerunt multis*». Arellano, 2004, p. 27, señala que con el término *velo* «se compara en una agudeza de contrariedad de máxima eficacia (el mismo objeto representa cosas opuestas) la rotura del velo del Templo con el velo galano de tela ostentosa y fina a cuyo través se ven los pecados del disciplinante».

- 82-96 El locutor poético invita al disciplinante a que imagine la hora de su muerte y su asistencia al Juicio Final, en donde resplandecerá toda la verdad, y tendrá que asumir las consecuencias de su infame conducta. Sobre la identificación entre Dios y la Verdad se pueden traer a colación muchos textos. Por ejemplo, *Salmos*, 31, 6: «*In manus tuas comiendo spiritum meum, redemisti me, Domine, Deus veritatis*». Recuérdese *Apocalipsis*, 20, 12: «*Et dedit mare mortuos, qui in eo erant, et mors et infernus dederunt mortuos, qui in ipsis erant, et iudicati sunt singuli secundum opera ipsorum*». *Calidad*: «Se llama la nobleza y lustre de la sangre: y así al caballero o hidalgo antiguo se dice que es hombre de calidad» (*Aut.*). Comp. *PO*, núm 609: «No pido calidades ni linajes; / que no es mi pija el libro de becerro, / ni muda el coño, por el don, visajes».
- 97-102 Téngase en cuenta que en el famoso *Dies Irae* el pecador pide clemencia a Jesucristo recordándole que su sacrificio en la Cruz sirve para redimir al hombre: «*Recordare, Iesu pie, / quod sum causa tuae viae, / ne me perdas illa die. / Quaerens me, sedisti lassus, / redimisti crucem passus, / tantus labor non sit cassus*» (*Dies Irae*, vv. 27-32). Sin embargo, para el locutor poético, el disciplinante tiene difícil su salvación porque con sus latigazos prolonga los sufrimientos del Mesías.
- 103-108 Se está refiriendo a la Virgen de los Dolores, a la que frecuentemente se representa con el corazón traspasado por siete puñales, que simbolizan los sufrimientos que ha tenido que padecer como consecuencia de la Redención que ha significado la vida y muerte de su Hijo para el género humano: la profecía de Simeón en la presentación del Niño en el templo, la huida a Egipto para evitar la venganza de Herodes, la pérdida de Jesús durante tres días, su visión con la Cruz auestas, su Pasión y Crucifixión, la entrega de su cuerpo exánime al pie de la Cruz y la asistencia a su entierro. La actitud del disciplinante, pues, añade un octavo dolor a los tradicionales siete dolores de Nuestra Señora. *Abrojo*: «Se llama también el que se hace de plata o de otra materia, de la misma hechura y tamaño que el campesino. Usan dél los disciplinantes, poniéndole en el ramal o azote, para que salga la sangre con abundancia» (*Aut.*). En los tres últimos versos vuelve a aludir al sentimiento que produjo la Muerte del Redentor hasta en los seres más insensibles como las piedras. *Furia*: «Significa también la actividad y violenta agitación de las cosas insensibles» (*Aut.*).
- 109-111 El día de Dios es el día del Juicio Final. La expresión ya aparece en *Sofonías*, 1, 14, probable inspirador del *Dies irae*: «*Iuxta est dies Domini magnus, iuxta et velox nimis*».
- 111-117 La justicia de Dios terminará por reinar. *Orate*: «El loco que tiene horas y dilucidos intervalos» (*Cov.*). La mención del Santo Oficio alude a un comportamiento del disciplinante que es casi idólatra, que raya con la herejía.
- 118-120 *oblación*: «Es lo mismo que sacrificio» (*Cov.*). Comp. *Los sueños*, p. 234: «¿Pedisteis alguna vez a Dios paz en el alma, aumento de gracia o favores suyos, ni inspiraciones? No por cierto; ni aun sabéis para qué son menester estas cosas, ni lo que son. Ignoráis que el holocausto, sacrificio y oblación que Dios recibe de vosotros es de la pura conciencia, humilde espíritu, ca-

ridad ardiente». En la última estrofa se vuelve a insistir en la idea de que lo que inspira el proceder del disciplinante es el agrado de su dama.

FULANITO, CITANITO (712)

Fulanito, Citanito, entremés de la Pasión; tú, que haces los graciosos en la muerte del Señor, cotorrerito bñido, maya de la procesión, carcajada de los diablos y nuevo llanto de Dios, agudo es el capirote que tu cholla encorozó, y más agudo fue el diablo que te ha dado la invención.	5 10
Yo temo que tanto pliegue no le plegue al Redentor; que se conviertan en mazas para tu condenación.	15
Buena caza y buena pesca salistes hembra y varón: tú, vestido de turbante, vestida ella de Almanzor.	20
Máspreciado de la llaga que pobre demandador, pues requebrar con el asco es para Martín Antón.	25
No me espanto que las damas alaben ese rigor, si de parte de su regla vienes por embajador.	30
Tú, penitente morcilla, disciplinante morcón, chacona de los cambrayes, zarabanda pecador, ¡qué bien parecen las naguas! ¿dónde se queda el cartón?: que con virillas y moño espero de verte yo.	35
¡Oh, si fuera una guitarra haciendo a tu azote el son, pues son mudanzas del Rastro sangre y salto bullidor!	40

Descalzándose de risa va Pilatos de tu humor; y a tus espaldas, Longinos quiere volver el lanzón.	
Llorando va lo que niegas el gallo de la Pasión, tanto más desalumbrado cuanto más te alumbran hoy.	45
Por cucurucho, la horma de la nariz de un sayón: estrecho, sí, de cintura, pero de conciencia, no.	50
En el mismo Prendimiento hace, como toreador, suertes, y no penitencia la diciplina rejón.	55
Fariseo confitado, te desmientes español; mejor merece el saúco, la túnica que el bolsón.	60
De la niña a quien festejas buenos los galanes son, si al verdugo solamente tienes por competidor.	
No merece el «Quien tal hace» tan bien como tú un ladrón: compañero tiene Gestas; el Malo se ha vuelto dos.	65
Si acaso [en] la primavera te azotas por prevención, el doctor Diablo sospecho que te sirve de doctor.	70

NOTAS

- 1-4 *fulano*: «Es un término que normalmente usamos para suplir la falta de nombre propio que ignoramos o dejamos de exprimir por alguna causa» (Cov.). *Citano* es una variante de *zutano*, glosado así por *Autoridades*: «Voz inventada para citar a alguno, o suplir su nombre, cuando este se ignora o no se quiere expresar: especialmente se usa como correlativo de *fulano*». Covarrubias recoge *fulanillo* y *zutaniillo*: «Por menosprecio, no dignándonos de señalarlos por sus nombres, y así vale tanto como gente ruin, de la cual se hace poco caso». Desde el principio se asocia al disciplinante con términos relacionados con lo histriónico, con lo teatral y lo ridículo: *entremés* ‘representación breve, jocosa y burlesca’, *gracioso* ‘el que en las comedias y autos tiene el papel festivo y chistoso’. A propósito de una procesión de

- disciplinantes que se celebra en Madrid en una época de pertinaz sequía, Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, p. 36 señala: «Visto lo cual, al salir los penitentes dijo que parecía entremés a lo divino en comedia deshonesta».
- 5-8 *cotorrerito*: «Por traslación significa galancete, presumido de lindo. Es voz inventada y jocosa» (*Aut*). Comp. *Orlando*, núm. 875, canto 2, vv. 49-52: «Era Astolfo soror por lo monjoso, / poco jayán, y mucho tiquemique, / y más cotorrerito que hazañoso, / con menos de varón que de alfeñique». *Maya*: «Una niña, que en los días de fiesta del mes de mayo, por juego y divertimento, visten bizarramente como novia, y la ponen en un asiento en la calle, y otras muchachas están pidiendo a los que pasan den dinero para ella, lo que les sirve para merendar todas» (*Aut*). Se señala, por tanto, con *cotorrerito* y *maya* el aspecto femenino del atuendo del disciplinante. *Carcajada* y *diablos* frente a *llanto* y *Dios* forman dos parejas antitéticas.
- 9-12 *agudo* se emplea en antanacласis ‘terminado en punta’ y ‘perspicaz’; *cholla* ‘cabeza en germanía’.
- 13-16 *pliegue* y *plegue* forman una paranomasia. Ver *Las tarascas de Madrid*, p. 69: «Pasa por ella un penitente, que se va azotando, con unas enaguas con más pliegues que un redaño de puerco». Sobre los pliegues de las enaguas también se pronuncia el Padre Isla: «Sus enaguas o faldón campanudo, pomposo y entreplegado» (*Fray Gerundio de Campazas*, I, p. 82). Y madame d'Aulnoy en su *Relación del viaje de España*, pp. 254-255: «Llevan una especie de túnica de tela de batista muy fina, que les llega hasta el zapato; está plisada con menudos pliegues, y tan prodigiosamente amplia, que emplean en ella hasta cincuenta varas de tela».
- 17-20 *buena pesca*: «Buena, brava o linda pesca. Modos de hablar con los que se expresa la sagacidad, industria o artificio de alguno. Y algunas veces se usa para dar a entender que es de aviesas costumbres» (*Aut*). El locutor poético continúa aludiendo a lo amanerado que es el hábito de disciplinante. *Turbante*: «Cobertura de cabeza de la cual usan los africanos y los demás moros y turcos; es una toca que va dando vueltas a la cabeza y se remata en punta» (*Cov.*).
- 21-28 Se refiere a que las heridas que se hace al disciplinarse sirven para impresionar a las damas y enamorarlas, su principal objetivo. El venerable padre Antón Martín fundó en Madrid en 1552 un hospital, especializado en las enfermedades venéreas y cutáneas. Con respecto a la relación de la sangre de los disciplinantes con la menstruación, Santos *Las tarascas de Madrid*, p. 69: «¿Por quién se azotará éste; por ostentación, o por los conocidos, o por las conocidas, o por los mirones, o por sacarse aquel poco de sangre, que ya es costumbre en él, pues baja entre faldas como regla femenina?».
- 29-32 *morcón*: «Morcillón, la morcilla hecha de tripa grande» (*Cov.*). Ambos embutidos (la morcilla y el morcón) que se hacen con la sangre del cerdo son, pues, metáforas muy adecuadas para referirse al sanguinolento disciplinante. Comp. *Fray Gerundio de Campazas*, II, p. 295: «Al punto arrojaron las capas con el mayor denuedo y comenzaron a darse unos azotazos tan fuertes, que antes de salir de la iglesia ya se podían hacer morcillas con la sangre que había caído en el pavimento». *Zarabanda*: «Baile bien conocido en estos

- tiempos, si no le hubiera desprivado su prima la chacona. Es alegre y lascivo, porque se hace con meneos del cuerpo descompuestos [...] Bailábanle mujeres públicamente en los teatros [...] Aunque se mueven todas las partes del cuerpo, los brazos hacen los más ademanes» (Cov.); *cambrái*: «Cierta tela aún más delgada que la fina holanda» (Cov.). *Chacona*: «Son o tañido que se toca en varios instrumentos, al cual se baila una danza de cuenta con las castañetas, muy airosa y vistosa». Los contoneos exagerados y estudiados de los disciplinantes, con sus airosos movimientos de brazos al aplicar el azote a las espaldas, los convierten en verdaderos bailarines de danzas, por otra parte tenidas por deshonestas y propias de mujeres, como la zarabanda y la chacona.
- 33-36 *enaguas*: «Género de vestido hecho de lienzo blanco, a manera de guardapiés, que baja en redondo hasta los tobillos, y se ata por la cintura, de que usan las mujeres y le traen ordinariamente debajo de los demás vestidos» (Aut). *Virilla*: «Adorno en el calzado, especialmente en los zapatos de las mujeres, que le servía también de fuerza entre el cordobán y la suela» (Aut). Se insiste en el aspecto femenino del atuendo de los disciplinantes.
- 37-40 *mudanzas*: «movimientos que se hacen en los bailes acompasados con la música»; *rastro*: «baile de la época». Comp. *PO*, núm. 869, vv. 18-21: «Al Rastro, por presumido / de sabrosos descoyuntos, / ya no le pueden sufrir / las castañetas y el vulgo». *Bullidor*: «El inquieto que anda de aquí para allá» (Cov.).
- 41-44 *descalzarse de risa*: «Frase vulgar que vale reír con gran vehemencia y exceso, y con acciones y movimientos que descomponen al sujeto que ríe, y le sacan del modo natural y común de estar» (Aut). *Humor* ‘sangre’, ‘condición’. Longinos es el nombre que se atribuye al soldado que, en el evangelio de San Juan, atravesó con su lanza el costado de Jesucristo. Sin embargo, en ninguno de los cuatro evangelios figura este nombre, que aparece por primera vez en el apócrifo atribuido a Nicodemo.
- 45-48 *desalumbrado*: «Metafóricamente se dice el que ha perdido el tino y anda aturrido como ciego» (Aut). Los que le alumbran son los penitentes de luz, acompañamiento indispensable de los disciplinantes con sus velas y hachones. El gallo de la Pasión es el que cantó después de que Pedro negara hasta por tres veces a Cristo.
- 49-52 Ya se sabe el abultado apéndice nasal que se atribuye a los judíos. Comp. *PO*, núm. 513: «Érase una nariz sayón y escriba». La ropa muy ceñida a la cintura abunda nuevamente en la preocupación mujeril por el atavío que muestran los disciplinantes. En contraste con la estrechez de la cintura, la anchura de conciencia.
- 53-56 *suerte*: «En las fiestas de los toros vale la burla que se les hace poniéndose delante de ellos y librándose con habilidad y ligereza» (Aut). *Rejón*: ‘especie de lanza para herir a los toros’. Parece referirse a los movimientos del azote o disciplina.
- 57-60 *fariseo*: «Traían cosidos en los hábitos de su religión muchas tiras de pergamino en que estaban escritos los setecientos y trece preceptos de la ley, y se llamaban filacteria, que quiere decir *custodia amoris*, guarda de amor. Pensaban que la guarda de la ley de Dios estaba en dilatar y ensanchar los

pergaminos sin cumplir por obra lo que mandaba la ley. Eran hipócritas y cumplían con los ojos de los miradores» (Noydens). *Confitado*: ‘cubierto de azúcar’, ‘encubierto’. Según la tradición Judas se suicidó ahorcándose en un saúco. A este apóstol Quevedo lo asocia generalmente con las bolsas por su condición de despensero y por la bolsa de treinta monedas que cobró por traicionar a Cristo. Comp. el soneto al juez mercadería del propio don Francisco, núm 125: «Pues que de intento y de interés no mudas, / lávate las manos con Pilatos, / o, con la bolsa, ahórcate con Judas».

61-64 Insiste en la idea de que el disciplinante se flagela para galantear.

65-67 «Quien tal hace, que tal pague; alza la mano y dale. Imitación del pregón de los azotados» (Correas). Gestas es el nombre que dan los apócrifos al mal ladrón. San Lucas, sin nombrarlo, relata que se dirigió a Jesucristo para decirle que si era verdad que era el Hijo de Dios por qué no se salvaba a sí mismo.

68-72 La sangría era, junto con las lavativas, el remedio terapéutico más utilizado por los médicos.

NI SÉ SI ES ALMA, SI ALMILLA (724)

Ni sé si es alma, si almilla, esta que traigo en el cuerpo: que si almilla, no calienta, y si es alma, no la siento.	
Yo hago ya el noviciado del amor en el Infierno, y dentro de pocos días seré demonio profeso.	5
Nunca he sabido topar un solo arrepentimiento, y el no conocer mis culpas es la causa de mis yerros.	10
Penitencia me mandó que hiciese el divino dueño; por quien, de Dios olvidado, sólo de mi mal me acuerdo.	15
Dice que gustara mucho de verme en bocací negro, puntiagudo de cabeza, con diez arrobas de peso.	20
Que me meta a penitente; y piensa que yo no entiendo que esto inventa su rigor por verme en una cruz puesto.	25
Para obedecerla, ayer lo consulté con mis huesos: responden que no ha lugar los dos hombros y el pescuezo.	30
En una sarta de cocos anduviera yo muy bueno, haciendo el paloteado con las cruces y los cetros.	35
Mas si de esto no gustaba, que, por su entretenimiento, me diese diez mil azotes, con buena túnica, y recios; que me alabaría las carnes, si me viese muy sangriento; y en galeras me los den, si yo en pegármelos pienso.	40
¿Qué me han hecho mis espaldas para que las vuelva harnero, hecho difunto bñido, en una mortaja envuelto?	45
¿Qué es ver a un diciplinante, que, por sólo oír al pueblo:	

«Dios te lo reciba, hermano»,
 se obliga a azotazos fieros?
 Más que todos los abrojos
 me lastimaran los ciegos 50
 con aquel «¡Saca, Pilatos!»,
 dicho a voces y con gestos.
 Pase que una vendedera,
 con una bota de añejo,
 al que se hace carne a azotes, 55
 con vino le hace cuero.
 Azótese el que es sanguino,
 por ahorrar de barberos,
 elpreciado de costillas
 y el amigo de aspavientos; 60
 que yo no he de enamorar,
 alumbrado de otros ciento,
 con mi sangre (como dicen
 en guerra), a sangre y a fuego.
 Harta penitencia hago 65
 en sufrirme yo a mí mismo.
 ¿Qué más cruz que mi pobreza,
 ni qué más pesado leño?
 Cofrades de los dolores
 son, por mis bubas, mis miembros, 70
 de las angustias mis tripas,
 de la pasión mis deseos;
 de la soledad mi bolsa,
 pues es un puro desierto
 de metal todo acuñado, 75
 que me acompañe un momento.
 Según esto, mi señora,
 busque otro mártir más necio:
 que la letra entra con sangre,
 y el buen amor con dinero. 80
 Y cúmplanle aquese antojo
 los amantes de este tiempo;
 como si en descuento entrase
 acribillarse el pellejo.

NOTAS

1-4 *almilla*: «Una especie de jubón con mangas ajustado al cuerpo. Es traje interior, así del uso de los hombres, como de las mujeres, y de ordinario, se pone y viste en tiempo de invierno, para reparo y defensa del frío» (*Aut*). Se juega con el parecido fonético entre *alma* y *almilla*. Describiendo el atuendo de un disciplinante se lee en *Fray Gerundio de Campazas*, I, p. 82: «Con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle».

5-8 Estar enamorado es como ingresar en una orden religiosa.

- 9-12 La falta de escrúpulos de conciencia es la culpa más importante del impío disciplinante.
- 13-16 *dueño*: «Se suele llamar así a la mujer y a las demás cosas del género femenino que tienen dominio en algo, por no llamarlas dueñas, voz que ya comúnmente se entiende por las dueñas de honor, y en este caso, si a la voz *dueño* se le añade algún adjetivo, es siempre con la terminación masculina» (*Aut*). Se alude a que la penitencia es solicitada por la dama al hombre como prueba de amor.
- 17-20 *bocací*: «Tela de lino de varios colores, especialmente negro, encarnado, o verde, que parece está engomado por lo tieso. Es más gordo y basto que la holandilla» (*Aut*); *arroba*: «Pesa de veinte y cinco libras de a diez y seis onzas cada una» (*Aut*). Equivale, aproximadamente según zonas, a 11'5 kilos. La dama sugiere que lleve una cruz en los hombros en señal de su amor. Comp. *Donaires del Parnaso, Segunda parte*, núm 36, vv. 41-44: «En esta Semana Santa / encubrió jarifos mil / el hábito penitente, / la cruz sobre el bocací».
- 21-28: *penitente*: «Llaman asimismo aquellos que en traje nazareno, y cubiertas las caras con unos capirote, alumbran en las procesiones en la Semana Santa, y a los que llevan o hacen alguna penitencia en ellas, aunque sea en otro traje» (*Aut*). *Pescuezo* 'colodrillo' (*Cov.*). El locutor burlesco no tiene la intención de cargar con una cruz para complacer a su dama.
- 29-32 *sarta* 'hilerá'; *coco*: «En lenguaje de los niños vale figura que causa espanto» (*Cov.*). El propio Covarrubias señala que la acepción de *coco* 'fruto de un árbol de las Indias' se debe a que tiene tres agujeros que semejan los ojos y la boca, y recuerdan el rostro de la mona cuando está enojada. Quizás por las aberturas de los ojos del capirote de los penitentes Quevedo los apoda de cocos. *Paloteado*: «Danza rústica, que se hace entre muchos, con unos palos en las manos, como baquetas de tambor, con los cuales bailando dan unos contra otros, haciendo un ruido concertado al compás del instrumento» (*Aut*). *Cetros*: «Vara de plata, u de madera cubierta de hoja de ella, o plateada, o pintada de algún color, con su insignia en el remate, o con alguna imagen, de que usan en procesiones y actos públicos las cofradías y congregaciones, llevándolas sus mayordomos o diputados» (*Aut*).
- 33-40 Ante la negativa del locutor burlesco a cargar con la cruz a cuestras, la dama le sugiere que se haga disciplinante en vista del atractivo que tendría para ella su cuerpo desnudo y sanguinolento. Tampoco parece muy predisposto el galán a azotar sus espaldas.
- 41-44 *harnero*: «*Quasi harinero*, aunque este nombre se ha extendido a significar las cribas con que limpian el trigo, la cebada y la paja» (*Cov.*). *Buido* 'afilado' en alusión al capirote. Relaciona el hábito de disciplinante por su aspecto con la mortaja.
- 45-48 Una vez más el locutor burlesco da a entender que es la admiración del público lo que busca el disciplinante.
- 49-52 *abrojo*: 'pinchos que se ponen en el ramal o azote para provocar el sangrado'. *Saca, Pilatos*: debe de tratarse de algún poema sobre la Pasión que cantaban los ciegos.

- 53-56 *pasar*: «No poner reparo, censura o tacha en alguna cosa» (*Aut*). *Vendedera*: «La mujer que vende por oficio públicamente alguna cosa» (*Aut*). *Hacer carne*: «Frase que explica herir a alguno o a sí mismo, haciéndose llagas o heridas» (*Aut*). *Cuero* ‘piel’, ‘festivamente, borracho, gran bebedor’ (*Aut*). Hay un juego de palabras entre *hacerse carne* y *hacer cuero*. Era normal que los disciplinantes hicieran grandes ingestas de vino para recuperar la sangre perdida o para facilitar el sangrado. Comp. *Las tarascas de Madrid*, p. 73: «Y yo guíe mis pasos una calle arriba, donde en un portal vi un penitente de azote, que habiéndose quitado el capirote, estaba empinando una bota de vino, que llevaba debajo de las faldas de la túnica: hacíalo por dar caudal a la espalda; pero ello poco a poco se iba a la cabeza». Además se solía emplear el vino y el agua de romero para desinfectar las heridas. Comp. *Fray Gerundio de Campazas*, I, p. 84: «En fin, como Antón Zotes se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayordomos de la Cruz, que gobernaba la procesión, le dijese que se fuese a curar. Catanla se fue tras él y, como vecina, se entró en su casa, donde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas, que es todo el aparato de estas curaciones».
- 57-60 *sanguino*: «La cosa que abunda de sangre, o la aumenta o cría» (*Aut*). La abundancia de sangre aconseja practicar una sangría por parte del barbero. Comp. *El Quijote*, II, 35, p. 828: «Y por agora acabad de dar el sí desta disciplina y credme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre». En los dos últimos versos el locutor poético vuelve a aludir al carácter exhibicionista de los disciplinantes.
- 61-64 Se ratifica en la idea de que no está dispuesto a galantear hiriendo sus carnes con el azote; *a sangre y fuego* ‘con saña suma’.
- 65-76 La verdadera penitencia consiste en soportar con buen ánimo las penalidades que te reserva la vida, no en las alharacas de los disciplinantes. A continuación, valiéndose de la dilogía, alude a una serie de advocaciones corrientes en las cofradías españolas. Así, *dolores* ‘Nuestra Señora de los Dolores’ y ‘dolores en las articulaciones por padecer enfermedad venérea’, que también se manifiesta en las *bubas* ‘el mal que llaman francés’ (*Cov*); *angustias*: ‘Nuestra Señora de las Angustias’ y ‘padecimientos por el hambre’; *pasión*: ‘la de Jesucristo’ y ‘el deseo amoroso’; *soledad*: ‘Virgen de la Soledad’ y ‘la pobreza, la vaciedad de su bolsa’.
- 77-84 La conclusión (*según esto*) que se desprende de lo dicho por el locutor burlesco es clara: se niega a ser un mártir de amor, porque, a la postre, las damas terminan aceptando al que ofrece más dinero, sin que sirva de descuento el haber derramado la sangre por ellas. «La letra con sangre entra y la labor con dolor. Los niños y las niñas con el castigo» (Correas).

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá, J. de, *Alonso, mozo de muchos amos (primera y segunda parte)*, ed. M. Donoso Rodríguez, Madrid / Frankfurt, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2005.
- Arellano, I., *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Pamplona, Eunsu, 1984.
- Arellano, I., *Comentarios a la poesía satírico burlesca de Quevedo*, Madrid, Arco, 1998.
- Arellano, I., «La Biblia en la poesía de Quevedo. Notas sueltas», *La Perinola*, 8, 2004, pp. 17-48.
- Aulnoy, M.-C. d', *Relación del viaje de España*, ed. G. Mercadal, Madrid, Akal, 1986.
- Avalle-Arce, J. B., «La penitencia de Amadís en la Peña Pobre», en *José María Solà-Solà: Homage, homenaje, homenatge*, ed. A. Torres-Alcalá, Barcelona, Puvill, vol. 2, pp. 159-170.
- Barrionuevo, J. de, *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, ed. J. M. Díez Borque, Madrid, Castalia, 1996.
- Bataillon, M., *Erasmus y España*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Castillo Solórzano, A. de, *Donaires del Parnaso (primera y segunda parte)*, ed. L. López Gutiérrez, Madrid, Universidad Complutense, 2003.
- Cervantes, M. de, *El Quijote*, ed. F. Rico, Madrid, Real Academia Española, 2004.
- Chevalier, M., *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Cohn, N., *En pos del milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- Correas, S. de, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. L. Combet, R. Jammes y M. Mir-Andreu, Madrid, Castalia, 2000.
- Covarrubias, S., *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1987.
- Covarrubias, S., *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. I. Arellano y R. Zafra, Madrid/Pamplona, Iberoamericana-Vervuert/Universidad de Navarra, 2006.
- Deleito, J., *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
- Gracián, B., *Agudeza y arte de ingenio*, ed. E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1988, 2 vols.
- Hutchinson, S., «Las penitencias de don Quijote y Sancho Panza», en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. J. Wicker, Birmingham, University of Birmingham, Department of Hispanic Studies, 1998, vol. 2, pp. 292-301.
- Isla, J. F. de, *Fray Gerundio de Campazas*, ed. R. P. Sebold, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4 vols.
- Lanini, P. F., *Entremés de la Tataratera*, en *Migajas del ingenio y apacible entretenimiento*, ed. I. Martínez y Ribera Martel, Zaragoza, [ca. 1670], fols. 72v-76v.
- Lázaro Carreter, F., *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1966.
- López Gutiérrez, L., «A vueltas con el soneto a la mujer puntiaguda con enaguas», *Revista de Literatura*, 59, 1997, pp. 387-399.
- López Gutiérrez, L., «Los gustos de amores en la poesía de Quevedo», *La Perinola*, 5, 2001, pp. 147-164.
- López Gutiérrez, L., «Posibles ecos de Luciano en Quevedo», *Dicenda*, 20, 2002, pp. 197-212.
- López Poza, S., *Francisco de Quevedo y la literatura patristica*, La Coruña, Universidad de La Coruña, 1992.

- López Úbeda, de, F., *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, ed. A. Rey Hazas, Madrid, Editora Nacional, 1977.
- Luzán, I., *Poética*, ed. I. M. Cid de Sirgado, Madrid, Cátedra, 1974.
- Manrique, J., *Cancionero*, ed. A. Cortina, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- Martín Pérez, M., *Quevedo. Aproximación a su religiosidad*, Burgos, Ediciones Aldecoa, 1980.
- Plata, F., «Inquisición y censura en el siglo XVIII: *El Parnaso español* de Quevedo», *La Perinola*, 1, 1997, pp. 173-188.
- PO, Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. D. Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1984.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.
- Quevedo, F. de, *Los sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.
- Quevedo, F. de, *Prosa festiva completa*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Cátedra, 1993.
- Quevedo, F. de, *Un Heráclito cristiano. Canta sola a Lisi y otros poemas*, ed. I. Arellano y L. Schwartz, Barcelona, Crítica, 1998.
- Rey, A., *Quevedo y la poesía moral española*, Madrid, Castalia, 1995.
- Rojas, F. de, *La Celestina*, ed. P. M. Piñero, Madrid, Austral, 2005.
- Rufo, J., *Las seiscientas apotegmas*, ed. A. Blecua, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.
- Santos, F., *Las tarascas de Madrid*, Valencia, Francisco Antonio de Burgos, 1694.
- Valdés, A. de, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. J. F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- Vandermeersch, P., *Carne de la Pasión*, Madrid, Trotta, 2004.
- Varela Gestoso, M. I., «Algunas fuentes de la *inventio* en la poesía religiosa de Quevedo», *La Perinola*, 3, 1999, pp. 337-354.
- Vega, G. de la, *Poesías castellanas completas*, ed. E. L. Rivers, Madrid, Castalia, 2011.
- Vega, L. de, *La boba para los otros y discreta para sí*, en *Veinte y una parte verdadera de las Comedias del Fénix español Frei Lope Félix de Vega*, ed. D. Logroño, Madrid, 1635, fols. 45r-67r.
- Vega, L. de, *El perro del hortelano*, ed. A. D. Kossoff, Madrid, Castalia, 1989.
- Vega, L. de, *Arte nuevo de hacer comedias*, ed. J. M. Rozas, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.
- Vilar, J., «Judas según Quevedo», en *Francisco de Quevedo*, ed. G. Sobejano, Madrid, Taurus, 1978, pp. 106-119.
- Zabaleta, J., *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. C. Cuevas, Madrid, Castalia, 1983.

